
FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit mensem septilim non futurum esse adeo fecundum, si non magis, in succesibus, quam quintilim, anathema sit.

Si alguno dijere que el mes de séptilis ó setiembre no ha de ser tan fecundo, si no más, en sucesos como el de quintilis ó julio, le pongo hecho un S. Lázaro á moliciones.

CONC. 6. GERUND.

GLI ANIMALI RIGNENTI.

Los animales riñentes.

El mes llevaba veinte días de curso, y las viudas veinte y cinco meses de hambre. El farol de los pobres (1) había alumbrado las primeras boras de la noche, pero despues emigró de Espa-

(1) La luna, que llaman vulgarmente.



ña como si fuese un general temeroso de las rivalidades del omnipotente y generalísimo Sol. La noche había quedado como la cara de Alaix. Los faroles de villa estaban como estómagos de retirados; como lámparas de conventos suprimidos. En ninguna parte se veía ya la luz sino en las casas de juego. Los ministros no hacían injusticias porque dormían como de oficio. Los observadores astronómicos se habían retirado á descansar, y los enamorados y pretendientes quedaban haciendo calendarios. En la Puerta del Sol no se menta, porque no había un alma. Todo el mundo se había ido echando, menos la deuda del estado que siempre queda en pie como un centinela. Los carros de Sabatini iban diciendo: «apártate que voy;» y la hacienda se encontraba sin ministro; se buscaba un hombre para ella y no se encontraba, porque este ministerio y aquellos carros están llenos de inconvenientes, y ahuyentan los hombres desde lejos. Los serenos y los gallos cantaban la hora, cada uno en diferente cuerda como los liberales de los dos partidos. Unos y otros deseaban la llegada del día, los unos por que se cansaban ya de velar, los otros porque se habían causado ya de dormir. Los carlistas roncaban á naviz suelta, porque las guardias de nacionales exaltados velaban por su seguridad. La cárcel del Saladero había estado la tarde anterior llena de visitas y regalos, porque los faociosos que en ella había iban á salir de madrugada gordos y lucidos

para ser canceados por igual número de esqueletos de la libertad.

De cuando en cuando se oía el sonido de algun cencerro; signo de hallarse allí algun ható de abras de leche, de estas que en Madrid duermen en las calles al sereno, como algunos cesantes á quienes en ninguna casa quieren ya admitir, porque en ninguna pueden pagar. Los cencerros de las contratas del gobierno no se oían, porque estos no suenan; están tapados. Otras veces el ladrido de algun perro avisaba la intentona de algun ladrón: los perros eran los únicos que ejercían la policía: la del gobierno dormía cansada de recorrer cafés para oír chismes de política y llevarlos á los ministerios. El ratero tendría que huir para no ser sorprendido infragante; los rateros no son hombres de estado: los hombres de estado roban y no huyen. Quizá tampoco sería ladrón: bien puede ser que fuera el novio de la ilustre fregona de la casa: acaso el invasor no llevara intenciones de faltar al séptimo mandamiento, si no que se contentara con quebrantar el de mas atrás, que de todo hay en estos tiempos y á tales horas, y las criadas así suelen vigilar las puertas de las casas como los aduaneros franceses las puestas de nuestras fronteras.

Como que los padres de almas no tenemos hora segura, veníamos entonces Tirabeque y mi Reverendísima persona de prestar nuestros auxilios espirituales á un desgraciado hermano, y to-

cómos pasar á aquella hora por delante del palacio del Congreso. Cuando en esto que oimos una éomo voz debil y entreatogada, acompañada de un hondo suspiro que salir de lo interior del edificio parecia, y exclamaba: «¿cuándo vendrán los que me hayan de salvar!»—Señor, me dijo Pelegrin: ¿ha oido vd.?—Sí.— ¿Qué será esto, señor? ¿Si será alguna hermana desventurada de estas que andan pidiendo de noche por las calles, cubiertas con un velo como si fueran proyectos de transaccion?—Se me figura, Tirabeque, que ha de ser la voz de la patria, que en su agonía suspira por hombres de bien que vengan á socorrerla en su cuita y á salvarla.—Señora (dijo entonces Pelegrin en alta voz), si vd. es la patria, tenga vd. por Dios un poquito de paciencia, que no tardará en venir D. GABRIEL BALBUENA diputado por Leon, y todo se compondrá.

«Pásate á este lado,» dijo á este tiempo otra voz muy áspera, bronca, fuerte y estentórea.—Señor, ¿es vd. el que ha hablado ahora?—No por cierto: pues qué; ¿no conoces mi voz? ¿Y se parece en algo mi voz á la de ese leon?—Señor, ¿es el leon el que ha hablado? Pues entonces yo me vuelvo atrás, que no quiero nada con esta gente.—Aguarda, lego tímido: ¿para cuándo es el valor sino para las ocasiones? Cuanto mas que no tienes por qué temer. Acuérdate cuando allá en febrero me tocó á mi solo escuchar á estos mismos animales y á estas mismas horse, y sabes que

de ello no me resultó ninguna novedad (1).—*Pásate á este lado, no seas temerario*; valvío á repetir aun mas fuerte la leonina voz.—Señor Leon, exclamó Tirabeque con acento entrecortado: si le fuera á vd. igual que fuese mi amo de ese lado supuesto que ya tiene alguna confianza con vd., se lo agradecería mas de lo que vd. se podrá figurar.—No hablo contigo, miserable. Hablo con mi compañero.—Estoy en mi lugar; respondió el compañero con no menos bronca y formidable voz.—*Pásate á este lado*, replicó el primero: estás vencido: humíllate y te perdonaré.—Arrogante estás en demasía, replicaba el segundo, y temprana blasonas de vencedor.—Tengo la mayoría.—Tengo el gobierno.—Le puedo derribar.—La puedo disolver.

Señor, me decía Tirabeque: me parece que ambos la echan de guapos, y que no va á parar en bien la fiesta; mas valía que nos fuéramos á casa, y los dejáramos á ellos que anduvieran al morro.—Calla y escucha.—¿Miserable! has agotado tus fuerzas, y en lo sucesivo te arrastrarás en la impotencia y la abyección.—Poco cuentas con los recursos de que aun me puedo valer.—Los recursos serian la intriga y el soborno, y el poder del soborno y de la intriga pasó ya: porque el pueblo conoció á los tuyos, y en su irre-

(1) Capillada 114.

vocable fallo los condenó.—Mucho cuentas con el pueblo, y el pueblo conocerá también tus planes de minar el trono, y te abandonará.—¡Minar el trono! Calumnia. Vuestros proyectos si que son de acabar con la libertad.—¡Acabar con la libertad! Impostura.—Sí, y meditaís una vergonzosa transacion.—Y vosotros nos queréis conducir á la anarquía. Pero temed las bayonetas!—¡La anarquía! Invencion vuestra para concitar esas bayonetas contra nosotros....

Señor, esto va malo: vámonos de aquí, que esta gente se enzarza, y si por ser curiosos nos toca una rabiscada de cualquiera de ellos, téme-me que no hemos de quedar para contarlo.—Bien, pues haz el oficio de mediador, y escítales á que se den la mano de la reconciliacion. Para lo cual no tienes mas sino tomar la garra del uno y llevarle hasta ponerla en contacto con la del otro, y luego que esten unidas....—No señor, mejor será decirselo desde lejos por lo que pueda suceder. «Señores leones, muy mal parece que siendo vds. hermanos, y estando separados por tan corta distancia, y supuesto que vds. corren la misma suerte, pues las aguas del invierno lo mismo caen sobre el uno que sobre el otro, y los calores del verano á los dos les aturrullan igualmente, muy mal parece, digo, que esten vds. riñendo lo mismo que si fueran dos diputados, el uno moderado y el otro exaltado. Dense vds. las manos de amigos, y echen pelillos á la mar, y

déjense ya de palabras, que mas cuenta les ha de tener.»

Pareció que sus magestades leoninas habian tomado en consideracion el consejo de Tirabeque, y saliendo simultáneamente dos tremendos rugidos de las anchas fauces de ambos contendientes, como si fuese una señal de aprobacion, comenzaron á animarse y tomar movimiento los musculosos miembros de cada uno: el yero fué adquiriendo la flexibilidad de la carne, los ojos brillaron como dos centellas, las zarpas se apoyaron sobre la base de piedra, los cuerpos se fueron elevando, y vueltos de frente uno á otro, repitió el de la derecha: «pásate á este lado.»—Tanta distancia hay de aqui ahí como de ahí aqui, contestó el de la izquierda.» A cuya contestacion, echando á andar á un tiempo, se encontraron en medio del espacio divisorio, y cuando esperábamos que se diesen la mano de amistad, alzó el de la derecha la garra, y sacudió tan exaltadamente al otro que le hizo besar las piedras: levantóse este y con la zarpa de la moderacion semi-hundió una quijada á su adversario: los golpes menudeaban, los rugidos mostraban la ira con que peleaban los combatientes, cayendo y levantando alternativamente, y maltratándose mutuamente y sin piedad.—Vamos, Pelegrin; es la ocasion de meter paces: acércate y sepáralos.— Señor, sepárelos vd. que tiene mas confianza con ellos, que yo me retiro antes que alguno se des-

mande, y me engulla en un decir Jesus, que yo no soy ningun Sanson.

Al ruido acudió un perro, que sin duda con sofulas de representar un tercer partido, trató de neutralizar el encono de los dos, pero le dieron cada uno tan fuerte rabiscada, que lanzándolo á mas de 20 pasos por los aires dió en los hocicos á Tirabeque, y le tumbó en el suelo.—Escucha, Tirabeque, escucha como se queja otra vez la patria del encarnizamiento de los partidos representados por los dos leones.—Señor, dele vd. un recado á esa patria, que por ahora no estoy yo para escuchar á nadie mas que á mi mismo, que harto tengo yo por que quejarme tambien y vámonos á casa como podamos y deje vd. que se peleen esos animales cuanto se les antoje, que el partido que de ellos hemos de sacar ya está sacado.

Nos retiramos en efecto, lamentando Tirabeque la hisopada del perro, y yo la poca esperanza de ver reconciliados los leones del congreso. Lo que despues pasaria no lo sé. Pero al dia siguiente los encontré en el mismo sitio tan pacíficos al parecer y tan serenos que nadie diria que semejante cosa habia pasado, y que tal encono abrigan uno contra otro.



EL PICADERO.

La política es árida; la mesa gerundiana de madera seca, y el pavimento de la celda, de ladrillo duro; de consiguiente entre tantas cosas secas se secaría uno en cuatro días si no saliera alguna vez que otra á esplayarse *por ahí*. El martes por la mañana habia concluido la última correccion de las pruebas de la capillada del día, con que en uso de mi gerundiana independendencia me *exceldé* un rato, y me fui..... ¿dónde dirán vds. que me fui? Al *picadero de los Capuchinos*, ó sea, como llaman otros, *el picadero de S. Agustín*. Toma el primer nombre del ex-convento de Capuchinos en que está establecido, y el segundo de la calle de S. Agustín por donde tiene la entrada. Que estar los picaderos en los conventos, y buscar Fr. Gerundio por sitio de recreo un picadero,

ciertamente son dos puntos
que causan admiracion.

Pero la admiracion cesa á la sola reflexion de que estamos en España, pais en que donde uno menos piensa encuentra picaderos y donde menos imagina encuentra frailes picados, y con razon, de que no les paguen lo que les deben.

Efectivamente, hay ahora en la huerta que fué de Capuchinos del Prado, hoy jardin del Nuevo Recreo, un picadero de caballos, á que concurren los aficionados y aficionadas á la equitacion, ó á adiestrar sus cabalgaduras, ó á recibir ellos lecciones y ejercitarse en el arte de bien cabalgar. Y aunque yo Fr. Gerundio no poseo mas caballo que el de mi padre san Francisco, y por otro lado esté ya algo duro el alcacer de mis huesos para zampoñas de equitacion (y no porque no me hicieran falta algunas lecciones, pues soy un ginete de tan poco fuste que cuando voy á caballo arranco los de la silla á fuerza de agarrarme á ellos); es decir, aunque yo nada tenia que hacer allí, me intrusé allí, y se acabó. Acaso menos tienen que hacer los coroneles ingleses y franceses que todos los dias se pegotean en los cuarteles generales de nuestros ejércitos, lo mismo que en el de D. Carlos, y nadie les dice una palabra, con que yo hice otro tanto. ¿Qué tendrá que hacer el coronel inglés que se ha agregado ahora al estado mayor del general Valdés en Cataluña? Regularmente lo mismo que Fr. Gerundio en el picadero: curiosear, y despues de curiosear ver si á costa de la guerra ó

del picadero hacemos un artículo de crítica cada uno á nuestro modo.

En efecto, no tardó en ofrecerse materia de risa á mi gerundiana imaginación. El picadero es un tomito en octavo, es decir, un cuadro que ocupa como la octava parte del jardín, cubierto con un elegante toldo, para preservar de los rayos del sol. Lo primero que me llamó la atención fue una tabla colocada á la entrada sobre un pie derecho, en la cual se leía lo siguiente: *no se permite entrar en el salon con armas, baston ni ESPUELAS.* He aquí, dije luego, un edicto singular. ¡En un picadero de caballos no permitirse entrar con espuelas! Al instante me acordé de cuando el Sr. Lujan, en la legislatura de las constituyentes, entró en el salon del Congreso con espuelas, y nadie le acusó de infractor de la ley. Me acordé tambien de que no hacía mucho tiempo, en uno de los bailes que se dieron en el *Instituto español*, había visto á mas de un danzante bailar con unas espuelas mas largas que asadores, y con unas estrellas como lunas, y aun de mas disco, sino de tanto resplandor! por cierto que una de ellas tanto apego mostró á lo celeste, que poniéndose en contacto con el vestido azul de una señora, y corriéndose por aquel horizonte de seda le hizo un rasgon de mas de dos palmos que reveló interioridades no nada cerúleas. Y sin embargo tampoco se pudo formar causa al hombre del estrellado calcañar. Porque

ni en el salon de Córtes ni en el de baile habia edicto que prohibiese el uso de las espuelas, debiéndole acaso de haber: y en el picadero de caballos, donde debería no solo permitirse, sino prescribirse acaso, era donde habia la prohibicion. Vice-versa particular.

Y digo que acaso debería prescribirse, porque aunque yo no entiendo, como he dicho, de equitacion, *«sin espuela y freno, dice el refran, ¿qué caballo hay bueno?»* Y es en mi concepto uno de los refranes de mas verdad; porque aun el caballo mas progresista ó andador creo que necesite para moderarle ciertos ímpetus y arreglar al gusto ó necesidad del ginete ciertos movimientos y evoluciones, tanto del estímulo de la espuela ó acicate como del gobierno de la brida ó bucado. Y la caballería mas retrógrada ó mas del *statu quo* puede necesitar de vez en cuando menos de espuela que de freno. Cuanto mas que las hay de genio tan desigual, que no pudiera el caballero absolutamente gobernarlas sin el auxilio del uno y de las otras.

Tanto tengo por cierta esta doctrina, cuanto observo que lo mismo respectivamente sucede entre los hombres. Ahi tienen vds. á Galiano (salva sea la comparacion), que cuando se creyó que no habria freno que bastára á contenerle, y aun se temia que se desbocase en la carrera de la política, reculó, si se me permite la expresion, cuando menos se pensaba, y no hay

ya espuela que le haga volver á entrar en una marcha siquiera regular, que es la que á mi Paternidad le gusta mas y le sienta mejor.

Pasé mas adelante, y vi á la cabeza ya en la parte interior del picadero, otra tablilla en que se leia: RIGODON. Y como dentro del salon habia sentadas algunas señoras, sospeché si acaso en lugar de haberme dirigido á un picadero de caballos me habria metido por equivocacion en alguna escuela de baile: si bien la alfombra no lo indicaba mucho, pues era un piso de arena, mas á proposito para calzado de herradura que para zapato de becerrillo ó de raso. Además que me desengañé luego viendo que las primeras parejas que se presentaron en aquel *soirée* capuchino-campestre eran dos hermosos caballos, uno tordo y otro negro, en los cuales montaron uno de los caballeros y otra de las señoritas. «Al fin decia yo; voy á tener el gusto de ver bailar rigodon á los caballos; cosa que no he visto jamas.»

Dió principio pues el ejercicio teórico-práctico de la primera pareja humano-equina, y despues de algunos paseos en derredor del circo que yo crei serian pasos preparatorios para el rigodon, dió el maestro la voz de *galope*.—Maestro, le dije yo entonces, me parece que se ha equivocado vd. pues la tablilla no señala *galopp* sino *rigodon*. Pero la pareja empezó á galopar con sus caballos (y por cierto que la hermanita cabalgaba á la iu-

glesa con un desembarazo y una soltura que me encantó), y á pocas vueltas, á la voz de *trote*, empezaron los caballos á trotar.

Ya entonces no pude resistir á mi curiosidad, y le dije á un hermano que cerca de mí estaba: «diga vd. ; y dispense, hermano: ¿cuándo toca á los caballos bailar rigodon?». Una carcajada en que prorrumpió naturalmente me avisó de la indiscrecion mia: pero despues me dijo: «conozco, Fr. Gerundio, el sentido en que vd. me hace la pregunta. En efecto, cualquiera que no sepa que esto que ahora es picadero de caballos, es por las noches salon de baile, creerá al leer aquella tablilla, que se enseña á los caballos á bailar rigodon.»—Há; ¿con que esto es al mismo tiempo salon de baile?—Supongo, continuó, que me ha hecho vd. maliciosamente la pregunta, pues no puedo creer que ignore vd. que este es uno de los salones de baile del *Nuevo Recreo*.

Entonces conocí la significacion de las dos tablillas, y sin declarar á aquel hermano que mi pregunta habia sido mas simple que maliciosa, salí riéndome de ver que en Madrid en el año 39 los picaderos de caballos hiciesen al mismo tiempo de *soirées* de las madrileñas, y que donde de dia se trotea y se galopa, de noche se walsée y se rigodonée.
